9

PIEZA MILITAR

EN TRES ACTOS.

FÁCIL DE EJECUTAR EN CASAS PARTICULARÉS,

POR ESTAR ARREGLADA

PARA SIETE HOMBRES SOLOS.

TITULADA:

ACRISOLAR EL DOLOR

EN EL MAS FILIAL AMOR.

COMPUESTA

POR D. ANTONIO REZANO IMPERIALI.





BARCELONA:

Imprenta de D. José Piferrer, Plaza del Angel.

1848.

PIEZA MILITAR

EN TRES ACTOS.

ACRISOLAR EL DOLOR

EN EL MAS FILIAL AMOR.

ACTORES:

Ernesto Lebis.	*D. Ricardo Lemur, Teniente.*
Enrique Rostér.	*Belisle, Sargento.*
Alesio Lebis.	*Dorin, Criado.*
El Jóven, Conde de Roam.	*Soldados.*

La Escena es en Mompeller y Nimes, Ciudades de Francia, en el Languedoc.

ACTO I.

Casa de Alesió, sale éste, y Ernesto su hijo.

Ales. Mira si hay quien nos escuche.
Ernest. Padre y Señor, el silencio
es el que nos acompaña;
¿pero vos conmigo serio?
¿vos que siempre demostrasteis
el mas paternal afecto
tan severo contra mí
segun me lo avisa el ceño?
¿es posible?
Aels. Sí, traidor,
sí, vil hijo, sí, perverso;
pues que solo tu delito
apartára de mi seno
aquellos dulces alhagos
que te ferié tanto tiempo.
Ernest. Confuso entre vuestras voces,
qual es la causa no entiendo,
y como á mi corazon
reconozco, no le encuentro
delito que así merezca
el rigor, y enojo vuestro.
Ales. Pues el castigo ha de ser
á medida de tú yerro,
quiero acordarte inhumano
los agravios, los despechos
de tu maldad, de tu infamia.

Ernest.

Ernest. Señor:::
Ales. Oyeme, que quiero
con declararte tu culpa
horrorizarte á tí mesmo:
De tu Madre Dorimana
(que en Alcazares supremos
goza la mayor fortuna
y eternidades) por precio
de nuestro amor conyugal
naciste tú, y á su tiempo
Luisa tu hermana despues.
Enamorado en extremo
me casé con Adelaida,
que es la que hoy con dulce afecto
de aquellas tristes memorias
borra el dolor que sufriendo
estuve por siete años;
que este segundo himeneo
fué á vuestro gusto es verdad,
pues cariñosos y atentos
venerasteis mi intencion
aprobando el pensamiento.
Adelaida, no Madrastra,
sino madre con los medios
de una prudente virtud
ha sabido con esmero
mantener la fiel quietud
que hasta pocos meses ciertos
de toda nuestra familia
acreditó los contentos.
Tú, desde que me casé
en debidos rendimientos
venerando cual debias
de mi Esposa los preceptos,
con doble simulacion
has sabido mantenerlos,
y cuando yó imaginaba
que eran justos tus respetos
halló que cruel, y alevoso
con infame pensamiento
en ofensa de mi honor,
y faltando, injusto, al cielo
de un amor casto y debido,
has pasado á hacerle horrendo,
monstruo de naturaleza,
contra el natural derecho.
No intentes, no, persuadirme,
que lo que digo es muy cierto,
tú á tu Madre la enamoras
(qué bárbaro pensamiento)
y aunque al vér tanto delito
debiera por mi honor mesmo
arrancarte el corazon
por tu iniquidad, intento
el estrago que amenazas
evitar, y tus despechos.
En fin, el medio mejor,
es, que al instante resuelvo
que te vayas de mi casa,
no te expongas al arresto,
que me olvide soy tu Padre,
y te dé muerte sangriento:
huye, pues, de esta Ciudad,
y olvidando el patrio suelo
busca en los montes auspicio,
aunque dudo que en sus senos
(viendo tu maldad) las fieras
te admitan por compañero,
y pues es corto el castigo
que yo te doy, ni un momento
te detengas, pues si sé
que obstinado, loco, ciego
en esta casa subsistes,
los estragos, los despechos
que has de causar, serán tales,
que á mas de sufrir el fuego
de mi irritada venganza,
seas causa de que el dueño
de mi mano, y de mi honor
parezca tambien, si observo
que ella es capáz de creer
que pudiste en algun tiempo,
ni por la imaginacion,
trazar mi ofensa: no hay medio,
parte al punto sino quieres
ser un monstruo del averno.
Ernest. Pero es posible Señor:::
Ales. No me hables, que no quiero
oír en tus falsedades
premeditados defectos;
pues por mas que tú presumas
ofuscar tu vil intento,
yo sé que son mis temores
seguros, y que yo debo

por

por evitar mayor ruina
arrojarte de este centro. *vas.*

Ernest. Qué es esto, cielos sagrados!
¿estoy vivo? no lo creo;
pues oyendo de mi Padre
tan injuriosos acentos,
ó no siento este dolor,
ó si vivo, ya no siento.
¿ Yo que con veneracion
separé mis ojos mesmos
de Adelaida, porque nunca
su belleza, sus portentos
me pudieran arriesgar
á cometer el exceso
de tan horrendo delito
como mi Padre ha supuesto,
padecer el vil horror
de ser un hijo protervo,
contra Dios, contra el ser
humano? ¿ Qué es esto, Ernesto?
Exâmina el corazon,
internate, y en tu pecho
mira si de tanta culpa
tienes parte: no la tengo,
pues hijo el mas obediente
á Padre y Madre venero,
sin que nunca diese entrada
á atrevidos pensamientos.
Si pretendo disculparme
segun el celoso genio
de mi Padre (único error
que le conosco hace tiempo)
espongo, como me ha dicho,
á dos amantes objetos
á quien debo conservar
por debido cumplimiento.
Si indemnizarme no trato
de tanto borron, padezco
entre las públicas voces
de mis amigos y deudos;
¿ pues qué haré, corazon mio,
en este trance en que veo,
que si callo soy cruel,
y si hablo, soy sangriento
motivo de la ruina
que amenazada me temo?
Pues ea, razon constante,
ea, contrastado pecho,
á huir de tantos peligros
que me amenazan severos;
busquemos pues á la suerte,
y hallarla, para que el tiempo
llegue en que mi Padre vea
que fuí hijo verdadero;
que de la fiel enseñanza
con que me crió no pierdo
el lustre, ni las virtudes
que heredé de mis abuelos.
A Dios patrio suelo, á Dios.
que á buscar voy algun medi
de acrisolar mi pensar,
de ser hijo el mas atento;
ó á morir de mi dolor
para conseguir con esto,
ó triunfar de la fortuna
que me arroja de mi centro,
ó morir desesperado
entre los obscuros senos
de los montes, donde acabe
por infelice, muriendo,
sino á iras de un horror,
á los golpes de un acero. *vas.*

Salen Dorin y Enrique de noche con espada y capa, y Dorin con luz.

Dorin Entrad sin ruido, porque
mi ama Luisa me ha encargado
que esteis en aquesta sala
miéntras que con el cuidado
debido vuelve conmigo,
como ya os he dicho á hablaros:
esperad ácia esta parte,
en esa silla sentaos,
que luego que mi amo Alesio
se recoja, á breve rato
vendrémos los dos: ¿qué pueda *ap.*
tanto el interés, que usando
yo del fruto alcamonias
me guste mas que el cilantro?
De tomates soy amigo,
y de tener muchos cuartos,
y pues éste me los da,
que ciego y enamorado

es-

está por la niña Luisa,
aprovechemos el rato,
y á costa de éste, y de otros
á ver si el bolsillo atasco.

Vase con la luz.

Enriq. A oscuras me deja ahora,
y aunque mi valor bizarro
nada teme, en una casa
que entro á deshora buscando
como lograr el hablar
á un bien que constante amo,
por mas que el animo avive,
el temor no es nada estraño:
¡ ay Luisa del alma mia!
solo tus divinos rayos,
solo tu rara hermosura
pudieran en este caso
exponerme á tanto riesgo,
y despreciar tanto daño;
y pues por última vez,
vengo á hablarla con recato,
y mañana á su buen Padre
tengo ya determinado
pedirla para mi Esposa:
este papel, con que trato

Saca un papel.

asegurarme por suyo,
fianza sea á su honrado
pensar, pues en él verá
cuán de veras la idolatro.
El silencio de la noche,
y haber pasado un buen rato,
fatigados los sentidos
entre penas y cuidados
llaman á el sueño.... esta silla
que aquí reconozco acaso,
miéntras que llega mi bien,
me dé un pequeño descanso.

Se sienta con el papel en la mano, la espada sobre el brazo izquierdo, y recostado se duerme; sale Alesio con una pequeña linterna en trage de levantarse, receloso.

Ales. Celosa imaginacion,
que en mi pecho introducida
tantos disgustos me causas,
tantas penas me motivas;
¿ por qué no templas un poco
el horror con que me animas?
Eché á Ernesto de mi casa,
por la celosa manía
de que á mi Esposa Adelaida
enamoraba, y la misma
cruel memoria me arrastra,
y mi sosiego me quita:
dudoso de si atrevido
en casa se introducia,
me despierto á cada paso,
y cuidadoso me insta
á que registre la casa,
porque el ingrato podia,
ayudado de su hermana,
ó tal vez compadecida
Adelaida darle entrada,
y si tal les sucedia
con la muerte de las dos
mi honor vengado verian,
no puedo por mas que busco
desechar esta incentiva
pasion cruel que me arriesga
el gusto, honor y la vida:
no porque sospechas tenga
de Adelaida, que en caricias
me paga de mis afectos
las expresiones mas vivas;
sino porque un fuego activo
desesperado me priva
de la razon, que en mis años
deberia estar tranquila:
cualquier sombra me amedrenta,
cualquiera voz me acrimina,
y lo que serán obsequios
me parecen ofensivas

voces que contra mi honor
apresuradas caminan;
sentí ruido, y levantéme,
y con la luz, aunque tibia,
vengo á registrar los cuartos
de mis hijos y familia;
y empezando por aqueste
que es el primero que linda
con la parte del jardin,
intentó....! pero qué miran

Hasta aquí no se ha vuelto ni lo vé.

mis ojos! un Jóven dormido
aquí observo en esta silla:
ciertos mis agravios son,
este accidente lo avisa:
muera ahora mismo... ¡ mas ay!
que estár sin armas me priva
asegurar mi venganza;
pero aún mas es mi desdicha,
un papel tiene en la mano,
antes que acabe su vida
quitarselo intento, puede

Se lo quita con cuidado.

que él el agravio me diga,
y juntos los agresores
satisfarán su malicia:
Lee. » Quien finamente idolatra
» tu belleza peregrina,
» llamado de tí desea
» asegurarse en sus dichas,
» y acreditar la fineza
» de su amorosa caricia. «
¡Corazon, pretendes mas!
mis agravios ya se afirman;
pues mueran de mis ofensas
los motores, hoy la vida
perderás, Jóven traidor,
y la sangre fementida
de Adelaida vengará
esta ofensa, con su mesma

Se la quita.

espada que acaso tiene
morirá; cruel, espira,

Le tapa la boca y le dá de astocadas.

á la mano del que ofendes
en el honor, y la vida,
á matar voy á la ingrata,
que ha sido mi falsa amiga:
Siente pasos.
pasos siento, y porque no
algun Criado lo impida,
(si acaso se ha levantado)
detrás de aquesta cortina
esperaré á que se vaya,
ó tal vez su boca misma
si declara ser traidor,
á igualdad de mi enemiga
morirá tambien: ! oh cielos,
cuántas penas me contristan!
Se esconde.

Sale por la izquierda Dorin con la misma luz que entró, y con los versos que dice apaga la luz.

Dorin. El servir á enamorados
es un crecido tormento;
pero esto se dulcifica
cuando camina el dinero;
con el miedo, y respirar,
la luz se apagó, y á tientos
diré á Enrique lo que Luisa
me ha dicho... yo no le encuentro;
pero tate, en esta silla
está el mozo, no me puedo
detener. Luisa me dice
que ahora no puede veros,
y que no volvais jamás
á exponerla á tanto riesgo,
que si es cierto vuestro amor
con el debido respeto,
á su Padre la pidais,
porque de no, en ningun tiempo
será vuestra; cuando es hija
obediente á los decretos
de su Padre, ¿ no me hablais?
pues saliros luego, luego,

por

por la puerta donde entrasteis,
porque yo es tanto el miedo
que tengo, que no sé si acaso
encontraré mi aposento.
ya he cumplido con mi encargo,
á acostarme voy de un vuelo,
que ya cobrado mi oficio,
al cabo soy de este enredo.

Vase tentando, y sale Alesio con su luz de la derecha donde se escondió.

Ale. ¡Qué es cielos lo que he escuchado!
¿cómo no me caigo muerto
mirando este cruel estrago
que he ejecutado sangriento?
contra quien está inocente
de un delito que no ha hecho:
¡ah pasion celosa, cuántos
estragos me causa fieros!
Adelaida, hoy en tu vida
la voz del Criado ha hecho
con asegurarte honrada,
rémora, que deteniendo
el cuchillo de mi rabia
salva tu vida...ya veo
ese horror que desangrado
me acusa, y al mismo tiempo
los peligros de mi vida,
y de mi casa ya advierto,
¿qué remedio podré dar
á tanto dolor severo?
Si como aquesta injusticia
iguala la que hice á Ernesto,
mis remordimientos justos
me han de acabar sin remedio.
Quiero ver si reparar
puedo este daño, si á tiempo
llego de darle socorro.

Va para repararle, y cae el cadaver de la silla al suelo.

Mas, ¡ay infeliz! qué veo!
desangrado ya me avisa
de mi maldad el exceso;
ni sé que hacerme, ni hallo
que puede mi entendimiento
acabar de resolver:
quiero huir, y no comprendo
quien me detiene, de modo,
que apenas moverme puedo.
Mortales, este es el fruto
de las iras, los despechos,
á sumo para ejercerlas;
pero acabado el exceso
de la maldad, lo cobarde
asegura los defectos,
cuando la misma conciencia
avisa el delito horrendo.
¿Qué debo hacer, cielo santo?
si en esta casa me quedo,
la justicia averiguando
mi culpa, sin mas consuelo
en un público suplicio
seré baldon de mi mesmo;
si á Adelaida me declaro,
que me aborrezca es de cierto;
pues que dudando su amor
por ser celoso la pierdo,
y así, de cualquiera forma
mi ruina segura advierto.
Pues salvemos esta vida,
y llevandola á los senos
de los montes mas ocultos,
demos tiempo, demos tiempo
á que á fuerza del dolor
de mis continuados yerros,
las fieras de aquesos montes
arrancandome este fiero
corazon, así castiguen
mis bárbaros desafueros:
á Dios muger, á Dios hijos;
no tomeis, no, sentimientos
por la pérdida de un Padre,
que obstinado, cruel, y ciego
de vuestra tranquilidad,
ha labrado el monumento,
siendo unos celos injustos
motivo de tanto yerro. *vas.*

Sale Dorin con luz por donde entró.

Dorin. Por si Enrique no ha encontrado
co-

como salir, vuelvo diestro
á guiarle, no sea acaso
que tentando y discurriendo,
encuentre otro criado
que aclare nuestros enredos.
Don Enrique... mas qué miro!

Ahora le vé muerto.

vive el Cielo que está muerto;
y á estocadas... ¡Ay Dorin,
qué buen guisado se ha hecho!
escapemos de esta casa,
pues que dura aun el silencio,
(sin ponerme á discurrir
quién le ha muerto, ó no le ha muerto,)
que con el dia serán
innumerables los riesgos;
pues si me cojen, sin duda
me cuelgan por el pescuezo.
y eso de hacer cabriolas
en el aire, no va bueno,
que en haciendolo una vez
no se vuelve á hacer por cierto.
Un instante aqui no paro,
y pues que nadie el suceso
sabe, sino yo y ustedes,
callen en que yo me ausento.

ACTO II.

Campaña, y sale Alesio como salió de su casa en el primer acto.

Ales. ¿Puede hallarse un pecho humano
con mas penas, y martirios
que los que sufro, y padezco
insufribles como impíos?
Yo que gustoso gozaba
en Mompeller un destino
cómodo grato, y amable
con mi Esposa, y con mis hijos;
hoy confuso, emancipado
de aquel albergue nativo,
si vivo, vivo penando,
si penando, nada vivo.
Dos meses há que estos llanos
me mantienen escondido,
siendo solo mi defensa;
pues temiendo á mi delito,
á cada paso me juzgo
abismado en el peligro.
¿Qué sucederá en mi mi casa?
Adelaida, aquel hechizo
de mi amor, y mi constancia,
¿qué pena no habrá sentido
al descubrir con el dia
mi ausencia y el homicidio;
mi hija Luisa, sin mi Ernesto?
¿Pero llamarle yo mio
á un hijo que cruel tirano
tantos males me há traido?
Vive Dios, que si le hallára,
muriera en los brazos mios:
aparta, aparta memoria
un objeto tan impío,
prófugo, y desamparado
á nada me determino,
y pues que cerca de Nimes
donde mi sustento fio
estoy, marcharé á Marsella,
y llevandome un Navío
á el Canada, de este modo
el salvar mi vida elijo:
á Dios Patria, para mí
desdichada, que el destino
me lleva á morir distante
de aquello que mas estimo;
mas Tropa se acercá, huyo,
y esconderme solicito,
no sea en busca mia
vengan, y me halle perdido.

Se esconde.
Sale Don Ricardo Teniente, el Sargento, y dos Soldados.

Ricard. Pues á Nimes esta noche
llega todo el Regimiento,

Sargento, id por las botellas
para los alojamientos,
y buscad que el mio sea
con comodidad.

Sarg. Yo creo
que satisfecho está usted
mi Teniente, que mi empeño
en toda es servirle bien.

Ricard. Eso mismo estoy creyendo,
y pues á marsella vamos
á embarcarnos, discurriendo
voy que á Francia en muchos años
no hemos de volver.

Sarg. Lo siento,
porque dejo el corazon
en cada lugar que entro.

Ricard. Toda la Tropa es así,
alegre entrando en los Pueblos,
y al salir se sale triste;
y es, que en muy pocos momentos
se hacen dueños de las mozas
los mas de los Regimientos;
pero no nos detengamos,
á la obligacion.

Vase el Teniente.

Sarg. Es cierto,
estrecha comunidad
es la de Soldado; pero
el atractivo que logra
no le hay en ningun Empleo:
vamos muchachos.

Soldad. 1. Ya vamos.

Sarg. Apretar los pies de recio,
que asi mas presto llevamos
á descansar nuestros Cuerpos.

Vanse, y sale Alesio.

Ales. Cabilando en mis pesares
me avisa mi pensamiento,
que para guardar mi vida
con seguridad, no hay medio
(pues que tan á tiempo pasa
esta Tropa) que al momento
sentar plaza de Soldado,
que pues escuché en sus ecos
que marchan para embarcarse,
y no volverán tan presto
á Francia, de aqueste modo
mi seguridad encuentro:
ea pues, resolucion,
grande es mi peligro y cierto,
y solo de aqueste modo
mi vida libro, no hay medio,
voy á Nimes, y sin dar
mas demoras al intento;
(pues que mi edad, que seis lustros
tiene no mas, me da aliento
á seguir en la milicia)
esta carrera tomemos
y dejemos á la suerte,
y al hado lo malo, ó bueno.

Vase, y sale Dorin con un atillo al hombro, y un palo.

Dor. Despues de lo sucedido
en la casa de mi amo,
con la muerte de aquel jóven,
sin detenerme, arrestado
tomé las de villa diego
como dice aquel adagio.
Parezco á la Marmotiña,
ó el Frances de vuelo bajo.
y aunque en cuatro lugarcillos
de estos de acia inmediatos
he vivido estos dos meses,
he resuelto ya dejarlos,
é irme á Nimes á vivir,
y buscar oficio, ó trato
con que pasar esta vida,
aunque lleno de trabajos,
aqui mi equipaje á el hombro
llevo, soy aventurado
pues conmigo viene todo,
sin que me cueste ni un cuarto:
mas un gallardo Oficial
se acerca, el miedo es tanto
que tengo, que temo yo
que á mí me buscan, yo trato
esconderme en esta parte,
saldré en habiendo pasado.

Se

Se esconde, y sale Brnesto de alferez con botas.

Ernest. Quién creerá que desde el dia
de aquel infelice caso
en que mi padre celoso,
me separó de su lado,
desesperado, aburrido,
y lleno de mil cuidados,
dando al aire los suspiros,
y quejandome del hado,
pasé á Leon, y oprimido
de aquel dolor mas tirano,
llegando á un cuartel muy triste,
senté plaza de soldado
en el primer regimiento
que estaba yá destinado
á la campaña de Flándes,
y en él... cuando yo repaso
el discurso de mi vida,
y haber mi padre olvidado,
mi cariño, y mi respeto,
todos los bienes que alcanzo
se consumen en la misma
tristeza que estoy pasando.
Dejo el caballo, y procuro
mientras que me sigue andando
mi criado, descansar
para aliviar este amargo
discurso que siempre, siempre
me atormenta sin dejarlo:
sea esta peña el alivio
que á mis penas voy buscando.

Se sienta, y se asoma Dorin receloso.

Dor. O tengo los ojos huerros,
ó no veo lo que alcanzo,
ó este oficial es sin duda
Ernesto, mi antiguo amo.
Sí, es él, no es él;
¿ pues como en el breve espacio
de dos meses, es posible
que haya tal puesto alcanzado?

Ernest. ¿Qué será lo que suceda
en mi casa? si cansado
mi padre de su rigor
tal vez estará cambiado
y con sus impíos celos
conocerá lo que ha errado?
si mi hermana::

Dor. Sí, es él,
no señor, que lo bizarro
de su trage, y su uniforme
desmiente lo que he pensado.

Ernest. Imaginando el dolor
de Adelaida en aquel caso,
la mormuracion del pueblo,
y la duda en los criados,
no pueden templar la pena
que me está siempre matando.
Si Dorin::

Sale Dorin precipitado.

Dor. Qué manda usted?
perdonad si acaso he errado,
pues oyéndome nombrar,
y creyendo sois un amo
que tuve dos meses há,
he salido.

Ernest. Aunque admirado
estoy de encontrarte aqui,
pretendo tu sobresalto
disuadir; no te engañaste,
Ernesto soy, no hay que dudarlo,
y Alferez de un regimiento
me encuentras.

Dor. Pues brinco y salto:
vos señor, y tan lucido?

Ernest. El decirte como alcanzo
este destino, merece
mucho tiempo; pero vamos,
dónde vas, y cómo aquí
te encuentro?

Dor. Tambien es largo
mi cuento, solo diré
que triste y desventurado,
me escapé de vuestra casa,
y sin destino::

Ernest. Pues vamos,

que

que me servirás, pues sabes
que siempre te quise tanto;
y pues el caballo lleva
el mozo, por el atajo
que á Nimes llega mas pronto,
en la posada entre tanto
que encuentro de mi destino
el regimiento, está claro
me dirás sin engañarme
todo lo que fué pasando
desde que me echaste menos
en casa, y yo contando
mis sucesos desde entonces,
satisfaré tus cuidados.

Vase Ernesto.

Dor. Vamos donde vos quisiereis,
bien dice el que dice, cuanto
es variable la fortuna
en lo bueno, y en lo malo,
pues en mi mayor miseria,
mi remedio así he encontrado.

Vase Dorin.

Cuartel, y salen el sargento, y Alesio con chupa y gorra de recluta.

Sarg. Ya que el Teniente os tomó
la filiacion, y que atento,
enterado estais del todo
en ordenanzas, y riesgos
que tiene esta noble vida
llená de daños inmensos,
bien podeis por la ciudad
pasearos muy contento;
mas cuidado no hacer falta
á la lista, porque luego,
pan poco, mucho calabozo
lograreis, sin mas consuelo;
pero vos como ya sois
hombre formal, nunca creo
que al punto de obligacion
falteis por ningun suceso

Vase el sargento.

Ales. Apenas firmé mi trato,
y aqueste trage me he puesto,
todo un infierno de dudas
en mi corazon hospedo.
Yo sugeto á la milicia?
Yo por diez años sugeto?
y no saber de mi casa,
ni de Adelaida? oh! que fiero
torcedor de mis pesares,
es este nombre si atiendo
á el estado en que me hallo!
desesperado me encuentro.
¿Si acaso mi hijo vuelve,
y sabe que estoy muy lejos,
á su malvada pasion
dará valor? Yo no puedo
tolerar esta memoria;
en mi misma pena muero.
Démos caso que mi hijo
desesperado, y resuelto,
temeroso de mi enojo,
no se atreva al dulce aspecto
de Adelaida,
su hermosura,
y su virtud, en el pueblo
cuántos móbiles tendrá,
que abrasados en el fuego
de su apetito cruel,
solicíten sus deseos;
y viendose sola, y triste
caiga en el lazo. ¡Ah! este mesmo
temor me acaba la vida.
¿Yo puedo sufrir tan fiero
imaginar? viviré
entre estos viles recuerdos?
no será vida penosa
con estos remordimíentos?
Quién lo duda?
pues si es fuerza
morir con el pensamiento
siempre infelice, ¿á qué aguardo?
abandonárme resuelvo,
y volviendo á Mompeller
examinar por mí mesmo,

si

si es el amor de Adelaida
constante: si atrevimiento
tiene Ernesto, y confiado
vuelve á turbar el respeto
de mi honor, que aunque el peligro
le miro evidente, y cierto,
siendo desertor, la muerte
de Enrique me lleve ciego
á perecer miserable:
todo es nada, si contemplo
el infierno que labrando
en mi pecho están los celos,
y pues la noche se acerca,
saldré de Nimes, y puesto
que hay solo hasta Mompeller
siete leguas, con secreto
entraré en casa, veré
de mi honor y mis deseos
cumplidos tantos afanes,
y si pereciese en ellos,
á lo menos lograré
satisfacer mis recelos.

Vase Alesio.

Salen el sargento, y el teniente Don Ricardo.

Ricard. El coronel me previene,
que á los dos dias de fijo
se ha de marchar á Marsella,
y asi, Belisle, entendido
lo tened, porque no falte
á la marcha lo debido,
para lo cual id, y á todos
tenedselo prevenido.
Sarg. Voy al punto.
Ricard. Si el correo
hubiese tambien venido
antes de pasar la lista,
ved si tengo cartas.
Sarg. Listo
seré en todo.
Ricard. A los reclutas
que hoy se han hecho, es muy preciso
les prevengais su deber.
Sarg. Todos están prevenidos,
no obstante les volveré
á notificar lo mismo.

Vase el sargente.

Ricard. Las fatigas de una marcha
en la tropa, es bien creido
son molestas; pero estando
embarcados, es muy fijo
que se pasa alegremente,
se descansa, y sin sentirlo
hace uno muchísimas leguas
sin gastar, y divertido.

Sale el sargento con una carta.

Sarg. Esta carta solamente
teneis.
Ricard. Pues que ya miro
es cerca de la oracíon,
pasad lista.
Sarg. Obedecido
sereis en esto, y en todo.

Vase el sargento.

Abre la carta Ricardo, y mira la firma.

Ricard. Soy vuestro seguro amigo
Fribosier... mucho me alegro
que me escriba, y creido
estoy me dirá el suceso
de Filisburgo, y su sitio.
Lee. Amigo, cayó la plaza
» y arruinado el enemigo
» perdió sus mejores tropas,
» tomamos luego el castillo
» y en el murió Durimon,
» Alanguer, y Granbendino,
» pero sobre los acasos
» mejores que han sucedido,
» es, que un valiente soldado
» (que lo era segun sus brios,
» ó su desesperacion)

» del

»del regimiento lucido
»de Lumenor, que fué donde
»tanto tiempo habeis servido,
»al tiempo que el general
»Conde de Roan, con brios
»asaltaba la muralla,
»huyendo los enemigos,
»á su hijo prisionero
»llevaban, que es Cadetito
»del nombrado regimiento.
»Intrépido, y atrevido
»el soldado, determinado
»contra mas de veinte y cinco
»se arrojó, y destruyendo
»los mas, sacó del peligro
»al jóven conde, de suerte,
»que su padre agradecido
»le ha hecho Alferez, destinado
»á ese regimiento, hoy mismo
»marcha para incorporarse,
»es amable, y es muy digno
»de que le favorezcais;
»pues el conde agradecido
»cualquiera que le honre
»le estimará, prevenido
»debeis estár de esto, como
»que tambien toma el camino
»el general; que á embarcarse
»va á Marsella, estoy creido
»que en breve llegará hay
»segun á todos ha dicho;
»y pues sabeis que soy vuestro
»no dudeis de mi cariño
»Fribosier. Mucho me alegro
venga el general, pues fio
de él mis seguros ascensos;
pero si á el acaso miro
del nuevo alferez comprehendo,
que el hado cuando propicio
quiere levantar á uno,
le prepara un premio fijo,
cuántos soldados habrá
que lo hayan merecido
mejor que él, pero es fortuna,
y el buscarla es desatino,
ella se va donde quiere,
y eleva á quien ha querido.

Sale el sargento.

Sarg. Mi teniente, aquel recluta
de Mompeller, y que hoy mismo
sentó plaza, ha desertado,
á la lista no ha asistido,
ni parece en el quartel,
y es sin duda que se ha ido;
y asi ved que disponeis.
Ricard. Que espereis el punto fijo
de que se cierre el quartel,
pues puede que entretenido
se le haya pasado la hora;
si vuelve darle un castigo
moderado, mas si acaso
no parece cuando he dicho,
salid con una partida
á buscarle, que le afirmo,
muy breve pagará
bien pagado su delito.
Sarg. Está bien. *vase.*
Ricard. Pues Fribosier
me previene como amigo,
al nuevo alferez haré
los obsequios mas debidos,
pues un hombre de valor,
merece honrarle con brio.

Campaña, y sale Alesio fatigado.

Ales. Andando toda la noche
me he cansado, lo confieso;
cerca de mi casa estoy;
pues á Mompeller ya veo;
quiero entrar ya muy de noche
para ser con menos riesgo.
Aqui un poco he de sentarme
y entre mis propios tormentos
discurrir, si acaso logro
hallar tal vez un consuelo.
¡Que de cosas me han pasado
en la cortedad de tiempo
de dos meses, Cielo Santo!
templad el airado ceño.

Se

Se sienta, y salen el sargento, y los dos soldados acechando detespaldas á él.

Sarg. Mucho hemos andando en valde
y al desertor no le vemos;
y lo siento por mi vida.
Soldad. 1. Mi sargento, deteneos,
que en aquel ribazo miro
á uno sentado.
Sarg. Es cierto

Le roconoce sigiloso.

y es él sin duda, seguidme
que cercandole podemos
impedir de que se escape.

Van tomando la vuelta y le cercan, hasta que á su tiempo le prenden.

Ales. Si logro entrar en mi casa,
y saber de los sucesos
de mi familia, escondido
por muy dilatado tiempo
venceré de mi desgracia
el influjo.
Sarg. Date preso

Le prenden.

Desertor.
Ales. ¡Oh Cielo Santo!
perdido soy sin remedio.
Sarg. Y tal perdido, no sabes
lo que te espera por cierto.
Ales. ¿Qué me espera?
Sarg. Con seis balas
desbaratarte los sesos
nada mas, atadle bien.

Le atan los brazos.

y con él luego marchemos
Ales. Miradme con compasion,
que si acaso mis sucesos
supierais, su narracion
haria compadeceros.
Sarg. Compasion entre nosotros
es disparate, marchemos
á Nimes, que allá buen hombre
verás lo que hallas de bueno
Ales. ¿Será mas que amarga muerte?
pues que llegue, que la deseo,
que si he de vivir penando
en ansias, en sentimientos,
en desdichas, y pesares,
y en desesperados celos,
mas que vida tan penosa
la muerte será consuelo;
y el hado en mi logrará
todo el ardor de su ceño.

Entre los dos soldados atado, y el sargento delante, marchan por la derecha.

ACTO TERCERO.

Cuartél y, sale Don Ricardo.

Ricard. Qué cruel es la milicia,
cuando por tan poco exceso
como es buscar libertad,
se pone la vida á riesgo!
dígalo ese pobre hombre,
que apenas trajeron preso,
el consejo se ha juntado
para formarle el proceso,
y como vamos marchando
á embarcar; en poco tiempo
despacharán con su vida,
yá prevenido el sargento,
me avisará sus resultas.

Sale el sargento.

Sarg. ¡Oh qué infelice!

Ricard. Qué es eso?
se acabó el consejo?
Sarg. Ahora.
Ricard. Y qué ha salido del reo?
Sarg. Que á mas de la desercion
(que en Francia es delito horrendo,
y mas en tiempo de guerra)
ha confesado muy necio,
haber hecho en Mompeller
una muerte, con que uniendo
un delito con el otro
ha salido (con acuerdo
del fiscal) que se le ahorque,
y en este mismo momento
le ponen en la capilla.
Ricard. Desdichado.
Sarg. Y para esto,
un dia mas se detiene
en marchar el regimiento
Ricard. Poco ha gozado del gusto
de ser soldado.

Sale Dorin.

Dorin. aqui espero
me dirán á quien yo busco.
Ricard. Qué quereis?
Dorin. Buscando vengo
á Don Ricardo Lemur.
Ricardo. Yo soy ese,
Dorin. Pues mi dueño
que es Don Ernesto, un alferes
que viene á este regimiento
á la puerta está esperando.
Ricard. Qué decís?

Sale Ernesto.

Ernest. Que mis deseos
no pueden mas suspenderse,
y pues mis brazos á un tiempo,
y ésta carta os aseguran

Ha leído el teniente la carta para sí

de mi amistad, os presento
de Fribosier un amigo,
y de vos, un compañero.
Ricard. Ya noticioso, gallardo
jóven de vuestros sucesos,
no puede menos mi amor
de dedicarse á ser vuestro:
Don Ernesto, bien venido.
Ernest. Hacedme favor, primero
de que mi criado lleve
mi maleta en el momento
á una posada.
Ricard. En mi casa
está vuestro alojamiento,
que mi persona y mis bienes,
ahora, y siempre son muy vuestros.
Ernest. Bien me dijo Fribosier
que sois en todo completo.
Ricard. Pasemos pues á mi cuarto,
porque es preciso que luego
vayais á ver al coronel,
pues mañana el regimiento
debe formarse.
Ernest. A qué causá?
Ricard. A que tenemos un reo
de horca, y es un hombre
mas que mozo.
Ernest. Mucho siento,
el dia que entro á servir
oficial de aqueste cuerpo,
que haya de haber delincuente,
porque soy humano en esto.
Ricard. Es de Mompeller el tal?
Ernest. Paisano mio por cierto.
Dorin. Pues qué entre los paisanos,
no hay demonios del infierno?
la ha hecho, pues que la pague.
Ernest. Dorin, ten humano pecho
Dorin. En mi es eso un imposible,
le iré á ver y muy contento,
marcharse ácia el otro mundo,
mientras en este me quedo.

Sale el sargento.

Sarg. Ahora el sargento mayor
os busca.

A Don Ricardo.

Ricard. Venid os ruego

á

á verle, que juntos todos
luego al coronel verémos:
Beleisle, poned el cuarto
de este amable compañero
como se debe, y á el criado
darle muy buen tratamiento.

Ernest. Dorin mira mi maleta,
prevenme ropa... si atiendo
á el corazon, con latidos
insufribles en el pecho,
ó me anuncian un pesar,
ó algun mal que no comprendo.

Ricard. Vamos.

Ernest. Id delante vos,
porque yo os vaya siguiendo.

Ricard. Los cumplimientos á un lado.
como amigos nos tratemos. *vanse.*

Sarg. ¿Ha almorzado vmd?

Dorin. Yo no.

Sarg. ¿Hay ganas?

Dorin. Siempre las tengo.

Sarg. Que le gusta?

Dorin. Todo amigo.

Sarg. Pues vamos por los trebejos
de su amo, que despues
llenarémos el coleto,
y el que se muera, se muera.

Dorin. Vmd. amigo es de mi genio,
comamos bien, y despues
si es preciso morirémos,
mejor es esto que no
llevar mi atillo al pescuezo,
é ir de lugar en lugar
á todos el pan pidiendo,
el Cielo me deparó
este hallazgo, y en tal tiempo. *vans.*

Campaña y Torreon, ó cubo de muralla, en donde se vé preso Alesio á una reja.

Alesio. Ya que amenece el dia de mi muerte,
recojamos espiritu, mi aliento,
y pensemos el punto que me aguarda
infelice, cruel, y el mas funesto,
olvidémos pasiones que han podido
conducirme á este estado, y olvidémos
corazon afligido, los instantes
que has logrado dichoso, ahora siento
lo que hice con Ernesto, ¡oh hijo amado!
si vieras á tu padre en este estremo.
¿cuál fuera tu dolor, cual tu agonía?
por lo menos, te pido, por lo menos,
perdones á tu padre el arrojarte
de tu seno patricio; ¡oh tormento
el mas cruel! mi Luisa me devora,
y aunque mi esposa añade sentimientos!
el amor de mis hijos arrebata
todo mi corazon; ¡sagrados cielos!
conformado recibo este castigo
que asi me decretais.

Dentro el sargento.

Sarg. Infelíz hombre,
dexad aquesa reja, y recogeos

para acabar la vida; pues os faltan
pocas horas al paso mas tremendo.
Alesio. Dice bien, es pues memoria mia,
si hasta aqui mi verdugo mas sangriento
fuiste tu, acuerdame propicia
en el punto en que estoy, en el logremos,
tú llevarme á un buen fin, y yo lograrlo
con el dolor de mis continuos yerros.

Se oculta, y salen Ricardo, y Ernesto en el cuartél.

Ernest. Afable es el coronel,
y en los oficiales hallo
agrado particular,
todos al fin me han honrado
mas de lo que yo merezco.
Ricard. Amigo un hecho bizarro,
alcanza en los corazones
mucho favor.
Ernest. Ved si es raro,
darme á noche de cenar,
y hoy enviarme temprano
el almuerzo.
Ricard. De manera,
que aunque yo quiero obsequiaros
no me dán lugar, amigo.
Ernest. Yo lo estimo en tanto grado,
como si lo disfrutase.

Sale Dorin.

Dorin. No es un grandísimo borracho
el arriero que os conduce
el equipage?
Ernest. En qué caso?
Dorin. que habiendo de llegar hoy,
segun vos me habeis contado,
me han dicho ahora por fijo
que hasta mañana es en vano
esperarle.
Ernest. Pues paciencia.

Tocan cajas, generalas.

Ricard. Ya el primer toque ha llamado
á formar el regimiento
para la justicia, y no
sé cual será el nombrado
oficial para el piquete
que conduzca á el desdichado;
pero ya lo avisarán.

Sale el Sargento.

Sarg. Dos nuevas, señores, traigo
que deciros.
Ricard. Quáles son?
Sarg. Estár nombrado,
vos señor alferez como
mas moderno el ir mandando
el piquete que conduce
al reo, otra, que ha llegado
el general á la fonda
con su hijo, y sus criados.
Ricard. Despues de hecha la justicia
le verémos muy despacio.
Ernest. ¡Oh quánto mi pecho siente
conducir á un desdichado
á la muerte! pero es fuerza,
mas amigo Don Ricardo,
¿me dareis las fornituras,
que las mias no han llegado?
Ricard. Quien lo duda en mi amistad,
y pues yo desocupado
quedo para disponer
la marcha, id descuidado,
que todo se hará muy bien. *vase.*

Tocan marcha.

Sarg. Ya la tropa vá marchando,
y al instante en el piquete
que está á esto destinado,
debe ir el reo, porque

se

! se despache.
Ernest. Pues bien, vamos,
¿dónde está el reo?
Sarg. En la pieza
que está á la puerta.
Ernest. A sacarlo
id, que yo iré sin detenerme
á conducirle. *vase.*
Sarg. Pues vamos. *vase.*
Dorin. Y yo por ver la justicia,
trás del regimiento marcho. *vase.*

Sale por la puerta Alesio, con el pelo tendido entre dos granaderos, y el sargento.

Sarg. Pues ya los grillos quitados
porque camine, está listo
el reo, y abajo el piquete,
seguidme.
Alesio. ¡ Cielos divinos!
para ahora es la piedad,
pues de veras os la pido.

Sale Ernesto con cinturon, y gorra granadera por la derecha, y saca la espada.

Ernest. ¿ Qual es el reo?

Sin verle.

Sarg. Este es.
Ernest. Pues vamos; ¡ pero qué miro

Dá un paso adelante, y es quando le vé.

Padre!
Alesio. Hijo, Ernesto ¡ Ay de mí!

Cae sobre los hombros de un granadero.

Sarg. Fuerte lance.
Ernest. Comprimido
el corazon... á las voces
no deja tomar camino,
¿ mi padre reo de muerte
tan cruél, y ser yo mismo
quién al suplicio le lleve?
Cielos sagrados... yo espiro, *llora.*
sí, para este fuerte lance
mis dichas se han dirigido,
muriera yo de una bala
antes de ver, lo que he visto;
apenas... respirar puedo,
¿ Padre, sois vos?
Alesio. Si soy, hijo,
y aunque á morir tu me llevas
segun las señas me han dicho,
viendote con ese trage
se modera mi martirio;
perdóname las ofensas
que contra tí he cometido,
que en este punto me importa
para lograr buen destino,
no te acuerdes de mis yerros,
que fuí tu padre, te pido
recuerdes, y que repares
este trance en que me has visto.
Ernest. No apureis mi corazon
señor, con esos suspiros,
que no hay quien pueda decir
el dolor del pecho mio;
que si de los sentimientos
juntáran á un tiempo mismo
todo el rigor, no llegáran
á igualar con mis conflictos.
Alesio. Cumple pues tu obligacion
quejandote del destino.
Ernest. Qué he de hacer en este caso?
Sargento, id de improviso,
y á el coronél, capitanes,
y á todos, contad vos mismo
este caso, decid que es
el reo, mi padre mismo,
y que mirando á el honor
del empleo, y del destino,
no puede ahorcarse este hombre:
que resuelvan.
Sarg. Eso elijo. *vase.*
Alesio. Solo siento, amado Ernesto,
no abrazarte quando miro,
que entre mis brazos te diera

prue-

pruebas de que arrepentido
estoy, de aquella crueldad
que usé en Mompeller contigo.
Ernest. Nada me acuerdo señor,
solo ocupan mis sentidos,
las penas de vuestro estado,
y el trance en que aqui me miro,
sagrados cielos piedad,
no apureis tanto el martirio,
mirad que no hay resistencia
á tormentos tan unidos,
Padre....
Alesio. Hijo...
Ernest. Cielo santo
¿para esto solo he vivido?
no hay tolerancia.
Alesio. La debes
tener, y pensar tranquilo,
que para esto destinado
estaba yo... lo que pido
á tu noble corazon,
(sin que quiera en este sitio
saber como eres oficial
ni como aqui habrás venido)
que mires por mi Adelaida,
por tu hermana, que es preciso
que el rigor de mi desgracia
les cause el mayor conflicto,
mira por ellas, que al cabo
es tu deber.
Ernest. Confundido
entre tantos contratiempos,
ni sé que pienso, ni digo,

Sale el Sargento, violento.

qué responde el regimiento?
Sarg, Maravillado, indeciso
del suceso, y congregado
prontamente; han elegido
segun nuestras ordenanzas,
que no muera en el suplicio
(destinado del Consejo)
de horca; pero que conducido
por vos, sea por las armas
pasado, sin mas arbitrio.
Ernest. ¡Ah lisonjera esperanza
qué cruel que me has vendido!
oh padre que no hay remedio,
yo os llevo á morir.
Alesio. Oh hijo,
pues que no tiene remedio,
cumple tu deber.
Ernest. Amigos,
compadeced mi dolor,
asistidme, yo os lo pido,
si antes de llegar al puesto
no muero de mi martirio,
no quiero vér ese rostro,
porque si miro el peligro
á que un hijo lleve á un padre,
tal vez los diques rompidos
de mi honor, y de mi amor,
puede que haga un desatino.
Ales. Pues no hay consuelo á mi pena;
Soberano padre mio,
recibe entre mis lamentos
mi arrepentimiento fixo.

Mira el hijo al padre, y éste á aquel, y con mudos sentimientos lloran, ponese delante Ernesto, y marcha siguiendole Alesio entre los dos granaderos, y detrás el sargento al toque de caja.

Sale Dorin.

Dorin. Qué de casos en el mundo
pasan, y tan inauditos!
esto de que un hijo lleve
á su padre á un vil suplicio,
es uno de los estraños;
bien hice yo, vive crispos,
de salir de Mompeller,
porque si en lo sucedido
de aquella muerte me pillan,
me cuelgan por ser ministro
del dios Cupido, y tal vez
por achacarme el delito
de matar á el Don Enrique;
¿á qué acaso dió motivo
lo celoso de mi amo?
de pesar de haberle visto

que

que le llevan á morir,
(porque su pan he comido)
me ha hecho llorar, y me vuelvo
sin vér su fin. *vase.*

Sale Ernesto precipitado.

Ernest. ¿Quién ha sido
mas infelice que yo,
en el lance en que me miro
entre tantas aflicciones?
¡ay Don Ricardo! ¡Oh mi amigo,
cuánto te debo! pues viendo
mi dolor, compadecido
hizo que un amigo suyo
me releve compasivo,
tomando el mando al piquete,
y sin saber á que guio
mis pasos, vengo cual loco
sin saber donde camino:
ya á la hora de esta, mi padre
habrá muerto... no, los tiros
no se oyen, puede que acaso
el aire esta vez benigno
de este amargo sentimiento
me libre... ¿hado enemigo,
has esgrimido cruél
bien ese ayrado cuchillo,
haciéndome padecer
lo que nadie ha padecido?
pues aún tengo algun valor
contra tus iras, aún fio
de mi constancia,

Tiros, cuatro.

triunfaste
de mi vida... no resisto.

Cae de boca.

Sale Dorin.

Dorin. Señor... Señor, ay qué miro!
que parece que se ha muerto;
Don Ernesto.

Vuelve en si, y se levanta poco á poco.

Ernest. Que hay .. amigo,
¿ murió mi Padre?
Dorin. Yo creo,
es sin duda que esos tiros
dicen su fin infelice,
Yo lloro como un chiquillo.

Llora.

Ernest. No aumentes mas mi pesar,
y pues á lo sucedido
no hay remedio... veté al punto
á donde el cadáver mismo
estará, y cuida de él
hasta formarle... el debido
entierro.
Dorin. Voy, aunque dudo
llegar con vida á ese sitio.

Vase llorando.

Ernest. Qué poco, fortuna airada,
en mi vída te he debido!
me elevaste prontamente;
pero fué con los hechizos
de tu insconstancia, pues males
sin iguales me has traido,

Tocan marcha redoblada.

yá el regimiento se vuelve,
¡ay dolor! cómo he podido
tolerar tanto?

Sale Dorin apresurado.

Dorin. Señor... señor, yo no atino
que... apenas... hablar... yo puedo,
vuestro padre... no lo digo,
no está... ay! que me atraganto.

Dentro el Jóven, Conde.

Joven. Nadie se atreva á decirlo,

que

que yo quiero darle á Ernesto
esta noticia.

Sale el conde, sargento, y soldados, el conde de cadete con banda azul.

Conde. Los brazos
me dad.
Ernest. Ay señor escelso,
partido mi corazon
apenas forma un aliento.
Cond. ¿ Pues qué vos dudais mi amor?
Ernest. No lo dudo.
Conde. Es el efecto
tan seguro en mí, que ahora

Se arrima al bastidor al tiempo que sale Alesio suelto, con Don Ricardo.

á vuestro padre os presento
con vida.
Ernest. Padre de mi alma!

Se abrazan violentamente.

Alesio. Amado y querido Ernesto.
Ernest. ¿ Es acaso fantasía,
ó lo que aquí pasa es sueño?
Conde. No es sueño ni fantasía,
y porque sepais el hecho
empezad Ricardo vos,
que despues iré siguiendo.
Ricard. Apenas os separé
entre pesares tan fieros,
me avisan que vuestra madre,
y hermana con documentos ¿
mas seguros del perdon
del infelice suceso
de Mompeller, á las plantas
del general, con escesos
de súplicas, inundaban
sus pies... corro en el momento,
y á su hijo el conde presente,
vuestras penas le encarezco,
se arroja á los pies del padre
el hijo, todo deshecho
en lágrimas, y esclamando
por la vida, logran tiernos
el perdon del general,
y entonces los granaderos,
pidiendo licencia tiran,
de gozo de tal suceso.
Ernest. Por eso creí la muerte
de mi padre sin remedio,
cayendome sin sentido;
ay señor, y cuanto os debo!
Cond. Ernesto, nada debeis;
vos me librasteis guerrero
de la prision, ó la muerte,
cuando el enemigo fiero
me conducia sin duda
á un pesado cautiverio,
ó á una muerte vengativa.
deudor era de tal precio,
si mi padre, por su parte
os pagó con ascenderos,
á alferez desde soldado,
no pude yo en aquel tiempo
recompensaros, ahora
lo he logrado, pues valiendo
de un tierno hijo al pedir;
y de un padre el amor cierto
á vuestro padre han librado;
pero en caso contrapuesto,
pues vos á mi padre disteis
un hijo libre, y yo os vuelvo
libre á un padre, luego os pago
igualmente lo que os debo.
Ernest. Solo un conde de Roan,
blasón inmortal, y escelso
de Francia, pudo librarnos
de tanto dolor inmenso.
Alesio. ¿ Y dónde mi esposa está?
Conde. Mi padre que siempre atento
es con todas las mugeres,
las detiene en su aposento;
yo, para que todos vayamos
á darle gracias, os vengo
á buscar.
Ernest. Y yo señor,
sigo en todo la orden vuestra.
Alesio. Ay hijo del alma mia.!

Ernest.